

JAMES DASHNER

LA CURA MORTAL

Traducción del inglés
Noemí Risco Mateo

 NOCTURNA
EDICIONES

Madrid, 2013

Título original inglés: *The Death Cure*

© de la obra: James Dashner, 2011

Publicado en 2011 por primera vez en Estados Unidos por Delacorte,
un sello de Random House

© de la traducción: Noemí Risco Mateo, 2013

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.
c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid
info@nocturnaediciones.es
www.nocturnaediciones.es

Primera edición en Nocturna Ediciones: enero de 2013

Corrección externa: Juana Salabert
Preimpresión: PARIMPAR, S.L.

Impreso en España / *Printed in Spain*
Ino Reproducciones, S.A.

Código BIC: YFB
ISBN: 978-84-939750-3-6
Depósito Legal: M-1211-2013

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

*Este libro es para mi madre:
El mejor ser humano que ha existido nunca.*

CAPÍTULO 1

El olor fue lo que empezó a desquiciar a Thomas.

No fue por llevar más de tres semanas solo. No fueron las paredes, el techo ni el suelo de color blanco. No fue porque no hubiera ventanas o el hecho de que nunca apagarán las luces. Nada de eso. Le habían quitado el reloj, le alimentaban con la misma comida tres veces al día —un trozo de jamón, puré de patatas, zanahorias crudas, una rebanada de pan y agua—, nunca le hablaban y no permitían entrar a nadie en la habitación. Sin libros, sin películas, sin juegos.

Aislamiento total. Ya habían pasado más de tres semanas, aunque había empezado a dudar de su percepción del tiempo, que se basaba puramente en su instinto. Intentaba adivinar cuándo caía la noche para asegurarse de que sólo dormía durante lo que a él le parecían las horas normales. Las comidas ayudaban, aunque no llegaban con regularidad. Como si pretendieran desorientarlo.

Solo. En una habitación acolchada, carente de color. Las únicas excepciones eran un pequeño váter de acero inoxidable en un rincón, casi escondido, y un viejo escritorio de madera que Thomas no usaba para nada. Solo en un silencio insoportable, con tiempo ilimitado

para pensar en la enfermedad que arraigaba en su interior: el Deste-
llo, aquel virus progresivo y silencioso que lentamente iba eliminan-
do todo aquello que convertía en humano a una persona.

Nada de aquello le volvía loco.

Era el hedor que emanaba, y por alguna razón le ponía tan tenso
que sus nervios eran capaces de cortar el sólido bloque de la cordura.
No le dejaban ducharse o bañarse, no le habían dado ropa para que
se cambiara desde que llegó ni nada con lo que limpiar su cuerpo.
Un simple trapo le habría ayudado; podría haberlo mojado en el
agua que le daban para beber y al menos haberse limpiado la cara.
Pero no tenía nada más que la ropa sucia que llevaba puesta cuando
le encerraron allí. Ni siquiera había sábanas. Dormía hecho un ovi-
llo, con el trasero encajado en una esquina de la habitación y los
brazos cruzados para intentar coger algo de calor, puesto que a
menudo temblaba.

No sabía por qué el mal olor de su propio cuerpo era lo que más
le asustaba; tal vez era una señal de que había perdido el juicio. Pero,
por algún motivo, su precaria higiene se le agolpaba en la cabeza y le
provocaba pensamientos terribles. Como si se estuviera pudriendo,
descomponiendo, y sus entrañas se hubieran vuelto tan rancias como
se sentía por fuera.

Eso era lo que le preocupaba, aunque pareciera irracional. Tenía
bastante comida y agua suficiente para saciar la sed; también descan-
saba y hacía el ejercicio que podía en aquella pequeña habitación,

donde a menudo se ponía a correr durante horas sin avanzar. Por lógica sabía que estar sucio no tenía nada que ver con la fuerza de su corazón o el funcionamiento de sus pulmones. Aun así, su mente empezaba a creer que aquel hedor incesante representaba a la muerte cada vez más cercana y a punto de devorarlo.

Todos aquellos oscuros pensamientos le hacían preguntarse si Teresa no le habría mentado la última vez que hablaron, cuando le dijo que era demasiado tarde para él e insistió en que pronto sucumbiría al Destello y se volvería loco y violento. Que ya había perdido la cordura antes de llegar a aquel horrible lugar. Hasta Brenda le había advertido de que la situación iba a empeorar. Quizás ambas tenían razón.

Y a eso se sumaba la preocupación por sus amigos. ¿Qué les había sucedido? ¿Dónde estaban? ¿Qué causaba el Destello en sus mentes? Después de todo a lo que habían estado sometidos, ¿así iban a terminar?

La cólera le invadía como una rata temblorosa en busca de un lugar cálido, de unas migas de comida. Y conforme transcurrían los días, la ira se intensificaba de tal manera que a veces Thomas se ponía a temblar incontrolablemente antes de poder contener la furia y guardarla. No quería que se fuera para siempre; tan sólo la almacenaba y dejaba que aumentara. Esperaba el momento adecuado, el lugar adecuado, para desatlarla. CRUEL le había hecho todo aquello. CRUEL le había arrebatado su vida, a él y a sus amigos, y los utiliza-

ban para cualquier fin que consideraran necesario. No importaban las consecuencias.

Y por ese motivo lo pagarían. Thomas se juraba aquello miles de veces al día.

Todas esas cosas le pasaron por la cabeza cuando se sentó con la espalda apoyada en la pared, mirando a la puerta —y al feo escritorio de madera que había enfrente—, en lo que suponía que era la última hora de la mañana de su vigésimo segundo día cautivo en la habitación blanca. Siempre hacía lo mismo tras el desayuno, tras el ejercicio. Esperaba contra toda esperanza que la puerta se abriera —en realidad, que se abriera del todo—, la puerta entera, no sólo la rendija inferior por la que le pasaban la comida.

Ya había intentado infinidad de veces abrir la puerta él mismo, pero los cajones del escritorio estaban vacíos, no había nada más que olor a moho y cedro. Miraba todas las mañanas por si había aparecido algo por arte de magia mientras dormía. Aquellas cosas sucedían a veces cuando se trataba de CRUEL.

Y así estaba sentado, con la vista clavada en la puerta. Paredes blancas y silencio. El olor de su propio cuerpo. Pensando en sus amigos: Minho, Newt, Fritanga y los otros pocos clarianos que quedaban vivos. Brenda y Jorge, que habían desaparecido sin dejar rastro tras su rescate en el gigantesco iceberg. Harriet y Sonya, las demás chicas del Grupo B, y Aris. Pensó en Brenda y la advertencia que le había hecho la primera vez que despertó en la habitación

blanca. ¿Cómo había hablado en su mente? ¿Estaba o no de su parte?

Pero, sobre todo, pensó en Teresa. No podía sacársela de la cabeza, aunque la odiaba un poco más cada instante que pasaba. Sus últimas palabras habían sido «CRUEL es buena», y fuera cierto o no, para Thomas ella había acabado representando todas las cosas terribles que habían pasado. Cada vez que pensaba en ella, la cólera bullía en su interior.

Quizá toda esa rabia era la última cuerda que le ataba a la cordura mientras esperaba.

Comía. Dormía. Hacía ejercicio. Ansiaba la venganza. Eso fue lo que hizo durante tres días más. Solo.

Al vigésimo sexto día, la puerta se abrió.

CAPÍTULO 2

Thomas se lo había imaginado infinidad de veces: lo que haría, lo que diría. Cómo se apresuraría a enfrentarse a cualquiera que entrara y después echaría a correr para huir, escapar. Pero aquellas ideas eran más bien por puro entretenimiento. Sabía que CRUEL no permitiría que sucediera nada parecido. No, tenía que planearlo todo al detalle antes de actuar.

Cuando ocurrió de verdad, cuando la puerta se abrió con el ligero sonido de un soplido y quedó abierta de par en par, Thomas se sorprendió ante su propia reacción: no hizo nada. Algo le decía que una barrera invisible había aparecido entre él y el escritorio, como en los dormitorios al salir del Laberinto. No era el momento de actuar. Aún no.

Apenas experimentó una leve sorpresa cuando entró el Hombre Rata, el tipo que habló a los clarianos de la última prueba a la que les iban a someter, a través de la Quemadura. Tenía la misma nariz larga, los mismos ojos de comadreja; aquel pelo grasiento, peinado sobre una calva evidente que ocupaba la mitad de su cabeza. El mismo ridículo traje blanco. Aunque parecía más pálido que la última

vez que le vio y sujetaba con la parte interior de su codo una gruesa carpeta llena de papeles arrugados, colocados desordenadamente, mientras arrastraba una silla de respaldo recto.

—Buenos días, Thomas —dijo con un forzado gesto de cabeza.

Sin esperar respuesta, cerró la puerta, puso la silla detrás del escritorio y se sentó. Dejó la carpeta delante de él, la abrió y comenzó a hojear las páginas. Cuando encontró lo que estaba buscando, se detuvo y apoyó las manos encima. Después, esbozó una patética sonrisa y fijó los ojos en Thomas.

Cuando finalmente habló, se dio cuenta de que llevaba semanas sin hacerlo y su voz sonó ronca:

—Sería un buen día si me dejaras salir.

No hubo ni un atisbo de cambio en la expresión del hombre.

—Sí, sí, lo sé. No tienes que preocuparte. Hoy vas a oír muchas noticias positivas. Confía en mí.

Thomas reflexionó sobre aquello, avergonzado por dejar que le diera esperanzas, aunque fuera un segundo. Debería saber ya lo que le aguardaba.

—¿Noticias positivas? ¿No nos escogisteis porque pensabais que éramos inteligentes?

El Hombre Rata se quedó callado varios segundos antes de responder.

—Inteligentes, sí. Entre otras razones importantes —se detuvo para estudiar a Thomas antes de seguir—. ¿Crees que disfrutamos

con todo esto? ¿Crees que disfrutamos viendo cómo sufres? Todo tiene un objetivo y muy pronto tendrá sentido para ti —la intensidad de su voz había aumentado hasta prácticamente gritar la última palabra y se había ruborizado.

—¡Vaya! —exclamó Thomas, cada vez más atrevido—. Cálmate un poquito, tío. Te quedan tres minutos para que te dé un ataque al corazón.

Le sentó bien decir aquellas palabras.

El hombre se levantó de la silla y se inclinó sobre el escritorio. Las venas de su cuello sobresalían como cuerdas tensas. Se volvió a sentar despacio y respiró varias veces profundamente.

—Sería de esperar que casi cuatro semanas encerrado en este habitáculo blanco le dieran una lección de humildad a un chico, pero tú pareces más arrogante que nunca.

—Entonces, ¿vas a decirme que no estoy loco? ¿Que no tengo el Destello ni lo tuve nunca? —Thomas no pudo reprimirse. La rabia aumentó en él hasta un punto que creía que iba a explotar. Pero se obligó a bajar la voz—. Eso es lo que me ha mantenido cuerdo todo este tiempo. En el fondo sabía que habíais mentido a Teresa, que esa no era más que otra de vuestras pruebas. Bueno, ¿y ahora adónde voy? ¿Me vas a enviar a la fuca luna? ¿O a cruzar un océano a nado en ropa interior? —sonrió para acentuar más el énfasis.

El Hombre Rata había estado mirando a Thomas con la vista perdida durante su perorata.

—¿Has terminado?

—No, no he terminado —había esperado día tras día una oportunidad para hablar, pero, ahora que por fin había llegado, su mente estaba en blanco. Se había olvidado de todos los guiones que había desarrollado en su cabeza—. Quiero... quiero que me lo cuentes todo. Ya.

—Oh, Thomas —dijo el Hombre Rata en voz queda, como si fuera a darle una noticia triste a un niño pequeño—, no te hemos mentido. Sí tienes el Destello.

Thomas se quedó desprevenido y un escalofrío cortó la intensidad de su cólera. ¿Seguía mintiendo el Hombre Rata?, se preguntó. Pero se encogió de hombros, como si aquella noticia la hubiera sospechado siempre.

—Bueno, aún no he comenzado a volverme loco.

Hubo un momento —después de todo aquel tiempo cruzando la Quemadura, de estar con Brenda, rodeado de raros— en que asumió que acabaría contrayendo el virus. Pero se decía para sus adentros que todavía estaba bien. Seguía cuerdo. Y eso era lo que importaba por ahora.

El Hombre Rata suspiró.

—No lo entiendes. No entiendes qué he venido a decirte.

—¿Por qué iba a creer las palabras que salen de tu boca? ¿Cómo esperas que lo haga?

Thomas se dio cuenta de que se había levantado, pero no recordaba haberlo hecho. Su pecho subía y bajaba por la dificultosa respi-

ración. Tenía que controlarse. La mirada del Hombre Rata era fría; sus ojos, dos negros pozos. Estuviera o no mintiendo, Thomas sabía que tendría que escucharle si quería abandonar la habitación blanca. Hizo un esfuerzo por calmar su respiración. Esperó.

Tras varios segundos en silencio, el visitante continuó:

—Sé que te hemos mentado. A menudo. Te hemos hecho unas cuantas cosas terribles a ti y a tus amigos. Pero era todo parte de un plan con el que no sólo estuviste de acuerdo, sino que ayudaste a poner en marcha. Hemos tenido que llevarlo un poco más lejos de lo que esperábamos al principio, de eso no hay duda. Sin embargo, todo ha ido según lo que previeron los creadores, lo que tú previste en su lugar después de que fueran... purgados.

Thomas negó con la cabeza lentamente; sabía que, de alguna manera, había tenido algo que ver con esa gente, pero el hecho de hacer pasar a alguien por lo que habían vivido era incomprensible.

—No me has contestado. ¿Cómo puedes esperar que crea lo que dices?

Recordaba más de lo que contaba, por supuesto. Aunque la ventana a su pasado estaba cubierta de mugre y no revelaba más que borrosos retazos, sabía que había trabajado con CRUEL. Sabía que también lo había hecho Teresa y que ambos ayudaron a crear el Laberinto. Había recordado algunas cosas más.

—Porque, Thomas, no tiene sentido mantenerte en la ignorancia —respondió el Hombre Rata—. Ya no.

De repente se sintió cansado, como si se hubiera quedado sin fuerzas, sin nada. Se dejó caer al suelo con un fuerte suspiro y negó con la cabeza.

—Ni siquiera sé qué significa eso.

¿Qué sentido tenía mantener una conversación cuando no podía confiar en sus palabras?

El Hombre Rata siguió hablando, pero su tono cambió; se hizo menos indiferente y clínico, más profesional:

—Está claro que eres consciente de que existe una enfermedad horrible que devora las mentes humanas en el mundo entero. Todo lo que hemos hecho hasta ahora ha sido calculado con un único propósito: analizar los patrones de tu cerebro y crear un programa a partir de ellos. El objetivo es utilizar ese programa con el fin de que desarrolle una cura para el Destello. Las vidas perdidas, el dolor y el sufrimiento... desde el principio sabías lo que estaba en juego. Todos lo sabíamos. Se hizo para asegurar la supervivencia de la raza humana. Y estamos muy cerca. Muy, muy cerca.

Los recuerdos habían vuelto a Thomas en varias ocasiones. El Cambio, los sueños que había tenido desde entonces, imágenes efímeras aquí y allá, como rápidos relámpagos en su mente. Y en ese instante, al escuchar al hombre de blanco, tuvo la sensación de hallarse junto a un precipicio con todas las respuestas a punto de ascender desde las profundidades para que él las viera en su totalidad. Las ansias por alcanzar esas respuestas eran casi demasiado fuertes para mantenerlas a raya.

Pero seguía sin fiarse. Sabía que había formado parte de aquello, que ayudó a diseñar el Laberinto, que había tomado el mando tras la muerte de los creadores y que el programa continuaba con nuevos reclutas.

—Recuerdo lo suficiente para avergonzarme de mí mismo —admitió—. Pero pasar por este tipo de abuso es muy distinto a planificarlo. No está bien.

El Hombre Rata se rascó la nariz y se movió en su asiento. Algo en la réplica de Thomas le había afectado.

—Veremos lo que piensas al final del día, Thomas. Ya lo veremos. Pero deja que te pregunte: ¿me estás diciendo que no merece la pena perder unas pocas vidas para salvar la de incontables personas? —el hombre volvió a hablar con pasión, inclinándose hacia delante—. Es un axioma muy antiguo, pero ¿crees que el fin justifica los medios? ¿Cuando no queda otra opción?

Thomas se quedó con la vista fija. Era una pregunta que no tenía una buena respuesta.

Quizás el gesto que hizo el Hombre Rata fuera una sonrisa, pero parecía más bien una mueca despectiva.

—Pues recuerda que una vez creíste que sí, Thomas —empezó a recoger sus papeles como si fuera a marcharse, pero no se movió—. Estoy aquí para decirte que todo está organizado y nuestros datos se hallan casi completos. Estamos en la cúspide de algo grande. En cuanto tengamos el programa, podrás ir a llorarles a tus amigos lo injustos que hemos sido.

Thomas deseó interrumpir al hombre con duras palabras, pero se contuvo.

—¿Cómo vais a conseguir el programa del que me hablas a base de torturarnos? ¿Qué puede tener que ver enviar a la fuerza a un puñado de adolescentes a lugares terribles, mientras observáis cómo algunos mueren, con encontrar una cura para una enfermedad?

—Absolutamente todo —suspiró con fuerza—. Chico, pronto lo recordarás y tengo el presentimiento de que lo vas a lamentar mucho. Entretanto, hay algo que debes saber; incluso puede que te haga volver en sí.

—¿Y qué es? —Thomas no tenía ni idea de lo que quería decirle el hombre.

El visitante se levantó, se alisó las arrugas de sus pantalones y se colocó bien la bata. Luego juntó las manos a su espalda.

—El virus del Destello vive en cada parte de tu cuerpo, aunque no tiene efecto en ti ni lo tendrá nunca. Perteneces a un grupo de personas extremadamente singulares. Eres inmune al Destello.

Thomas tragó saliva, estupefacto.

—En el exterior, en las calles, a los que sois así os llaman «munes» —continuó el Hombre Rata—. Y os odian muchísimo.

CAPÍTULO 3

Thomas se quedó sin palabras. A pesar de todas las mentiras que le habían contado, sabía que lo que acababa de oír era cierto. Al contrastarlo con sus recientes experiencias, tenía demasiado sentido. Tanto él como probablemente los demás clarianos y todos los del Grupo B eran inmunes al Destello. Por eso les habían elegido para las Pruebas. Todo lo que les habían hecho —las crueles trampas, los engaños, los monstruos con los que se habían topado— formaba parte de un experimento elaborado, que de algún modo llevaba a CRUEL a encontrar una cura.

Todo encajaba. Y no sólo eso: aquella revelación le despertaba los recuerdos. Le resultaba familiar.

—Veo que me crees —dijo al final el Hombre Rata, rompiendo un largo silencio—. En cuanto descubrimos que había gente como tú, con el virus arraigado, pero que aun así no mostraban síntomas, buscamos a los mejores y más brillantes entre vosotros. Así nació CRUEL. Por supuesto, algunos en tu grupo de prueba no son inmunes y se les eligió como sujetos de control. Cuando se pone en marcha un experimento, se necesita un grupo de control, Thomas. Mantiene todos los datos en contexto.

La última parte hizo que a Thomas le diera un vuelco el corazón.
—¿Quién no es...? —no le salía la pregunta. Estaba demasiado asustado para oír la respuesta.

—¿Quién no es inmune? —preguntó el Hombre Rata, con las cejas enarcadas—. Oh, creo que ellos deberían descubrirlo antes que tú, ¿no? Pero lo primero es lo primero. Hueles a cadáver de una semana. Te llevaré a las duchas y te daré ropa limpia.

Al decir eso, cogió su carpeta y se volvió hacia la puerta. Estaba a punto de salir cuando la mente de Thomas reaccionó.

—¡Espera! —gritó.

El visitante se dio la vuelta.

—¿Sí?

—En la Quemadura, ¿por qué nos hicisteis creer que había una cura en el refugio seguro?

El Hombre Rata se encogió de hombros.

—No creo que fuera una mentira. Al completar las Pruebas, al llegar al refugio seguro, nos ayudasteis a recopilar más datos. Y gracias a eso habrá una cura. Al final. Para todos.

—¿Y por qué me cuentas a mí todo esto? ¿Por qué ahora? ¿Por qué me habéis encerrado aquí cuatro semanas? —Thomas señaló a su alrededor, al techo y las paredes acolchadas, al patético váter en el rincón. Sus escasos recuerdos no eran lo bastante sólidos para que las cosas tan raras que le habían hecho tuviesen sentido—. ¿Por qué le mentisteis a Teresa sobre que yo estaba loco y

era violento, y me retuvisteis aquí todo este tiempo? ¿Cuál es el motivo?

—Las Variables —respondió el Hombre Rata—. Todo lo que te hemos hecho ha sido calculado con detenimiento por nuestros psicólogos y médicos. Se ha llevado a cabo para simular reacciones en la zona letal, donde el Destello hace estragos. Para estudiar los patrones de diferentes emociones, reacciones y pensamientos. Teníamos que ver cómo funcionan dentro de los límites del virus que está en tu interior. Hemos estado intentando entender por qué en ti no hay un efecto debilitante. Todo atañe a los patrones de la zona letal, Thomas. Seguimos tus reacciones cognitivas y psicológicas para crear el programa de una cura potencial. Fue sólo por la cura.

—¿Qué es la zona letal? —preguntó él. Intentaba recordar, pero seguía con la mente en blanco—. Dímelo e iré contigo.

—¡Vaya, Thomas! —exclamó el hombre—. Me sorprende que tras el picotazo del lacerador no hayas recordado al menos eso. La zona letal es tu cerebro. Es donde se establece el virus y arraiga. Cuanto más infectada está la zona letal, más paranoico y violento es el comportamiento del infectado. CRUEL está usando tu cerebro y el de otros tantos para ayudarnos a solucionar el problema. Por si no te acuerdas, nuestra organización describe su objetivo en su mismo nombre: Catástrofe Radical, Unidad de Experimentos Letales —sonaba satisfecho de sí mismo, casi contento—. Bueno, venga,

vamos a limpiarte. Y para que lo sepas, nos están vigilando. Si intentas cualquier cosa, atente a las consecuencias.

Thomas se sentó e intentó procesar lo que acababa de oír. Una vez más, todo parecía verdad, tenía sentido. Encajaba con los recuerdos que había recuperado en las últimas semanas. Y aun así, su desconfianza en el Hombre Rata y CRUEL no dejaba de cuestionar las cosas.

Al final se puso de pie, dejando que su mente repasara las nuevas revelaciones, con la esperanza de que se organizaran solas en pilas para poder analizarlas más tarde. Sin mediar más palabra, cruzó la habitación, siguió al Hombre Rata hasta la puerta y abandonó su celda de paredes blancas.

Nada destacaba en el edificio donde se hallaba. Un largo pasillo, un suelo enlosado, paredes *beige* con fotografías de la naturaleza enmarcadas —olas rompiendo en la playa, un colibrí volando junto a una flor roja, lluvia y niebla nublando un bosque—. Unos fluorescentes zumbaban sobre sus cabezas. El Hombre Rata giró varias veces y por fin se detuvieron delante de una puerta. La abrió y le hizo una señal a Thomas para que entrara. Era un lavabo grande con taquillas y duchas. Una de las taquillas estaba abierta y mostraba ropa limpia y un par de zapatos. Hasta un reloj de pulsera.

—Tienes unos treinta minutos —dijo el Hombre Rata—. Cuando termines, quédate ahí sentado. Vendré a por ti. Luego te reunirás con tus amigos.

Por alguna razón, al oír la palabra «amigos», Teresa saltó a su mente. Intentó llamarla otra vez con sus pensamientos, pero seguía sin recibir nada. A pesar de que cada vez sentía más desagrado hacia ella, el vacío que había dejado al marcharse flotaba como una burbuja irrompible en su interior. Ella era un vínculo con su pasado; sabía que tiempo atrás fue su mejor amiga. Era una de las pocas cosas en el mundo de las que estaba seguro, y ello lo hacía aún más difícil de sobrellevar.

El Hombre Rata se despidió con un gesto de la cabeza.

—Nos vemos en media hora —dijo. Después abrió la puerta y la cerró tras de sí, dejándole solo una vez más.

Thomas no tenía ningún plan, aparte de encontrar a sus amigos, pero al menos estaba un paso más cerca de conseguirlo. Y aunque no albergaba la menor idea de qué podía esperar, al menos había salido de aquella habitación. Por fin. De momento, se daría una ducha caliente. Tendría la oportunidad de frotar hasta quitarse la mugre. Nunca nada le había sonado mejor. Dejó escurrir sus preocupaciones, se quitó la ropa asquerosa y se puso manos a la obra para volver a parecer una persona.

CAPÍTULO 4

Camiseta y vaqueros. Zapatillas de correr, justo como las que había llevado en el Laberinto. Calcetines limpios, suaves. Después de lavarse de arriba abajo un mínimo de cinco veces, se sintió como nuevo. No podía evitar pensar que a partir de aquel momento las cosas mejorarían. Que iba a tomar el control de su vida. Ojalá el espejo no le hubiera recordado su tatuaje, el que le habían hecho antes de entrar en la Quemadura. Era un símbolo permanente de lo sucedido y deseaba poder olvidarlo todo.

Se quedó fuera junto a la puerta del lavabo, apoyado en la pared, de brazos cruzados, esperando. Se preguntó si el Hombre Rata volvería. ¿O había dejado a Thomas allí para que paseara por aquel lugar y empezara otra prueba? Apenas había comenzado a seguir aquella línea de pensamiento, cuando oyó unos pasos y después vio doblar la esquina al hombre con aspecto de comadreja blancuzca.

—Bien, ¿no te sientes fenomenal? —comentó el Hombre Rata, y las comisuras de su boca se curvaron hacia arriba en una sonrisa de aspecto desagradable.

A Thomas le vinieron a la mente cientos de preguntas sarcásticas, pero sabía que tenía que hacerlo bien. Lo único que importaba en aquel momento era reunir toda la información posible y hallar a sus amigos.

—Me encuentro muy bien, la verdad, así que... gracias —esbozó una sonrisa informal—. ¿Cuándo me llevarás con los otros clarianos?

—Ahora mismo —el Hombre Rata se puso serio de nuevo. Señaló con la cabeza en la dirección por la que había llegado y le hizo un gesto para que le siguiera—. Todos vosotros habéis pasado por diferentes tipos de exámenes para la Fase 3 de las Pruebas. Esperábamos tener los patrones de la zona letal preparados al final de la segunda fase, pero tuvimos que improvisar para avanzar más. Aunque, como ya he dicho, estamos muy cerca. En el estudio ahora estaréis llenos de patrones y nos ayudaréis a ajustar y profundizar hasta que resolvamos el puzle.

Thomas entrecerró los ojos. Suponía que su Fase 3 había sido la habitación blanca. Pero ¿y los demás? A pesar de lo mucho que odiaba su prueba, no podía imaginarse qué otras cosas peores podría haber hecho CRUEL. Casi esperaba no averiguar lo que habían ideado para sus amigos.

Al fin, el Hombre Rata llegó a una puerta. La abrió sin vacilar y avanzó.

Entraron a un pequeño auditorio y el alivio inundó a Thomas. Sentados, esparcidos por una docena de filas de asientos, estaban sus

amigos, aparentemente sanos y salvos. Los clarianos y las chicas del Grupo B. Minho, Fritanga, Newt, Aris, Sonya, Harriet. Todos parecían contentos —hablaban, sonreían, reían—, aunque no debía descartar que estuvieran fingiendo, al menos en parte. Thomas suponía que también les habían dicho que las cosas estaban a punto de terminar, pero dudaba que alguien se lo creyera. Él, desde luego, no. Aún no.

Buscó en la habitación a Jorge y Brenda. Tenía muchas ganas de ver a Brenda; había estado preocupado por ella desde que desapareció nada más recogerlos el iceberg, preocupado por que CRUEL les hubiese enviado a ella y a Jorge de vuelta a la Quemadura, tal como amenazaron. Pero no había ni rastro de ninguno de los dos. Sin embargo, antes de que pudiera preguntarle al Hombre Rata por ellos, una voz interrumpió el barullo y Thomas no pudo contener una enorme sonrisa.

—Bueno, me han fucado y he ido al cielo. ¡Es Thomas! —exclamó Minho.

Tras su anuncio, hubo gritos, vítores y silbidos. Una oleada de alivio mezclada con preocupación inundó a Thomas, que continuó buscando caras por la habitación. Estaba demasiado abrumado para hablar y se limitó a sonreír hasta que se topó con los ojos de Teresa.

La chica estaba en pie y, apartada de su silla, lo miraba desde la última fila. Su pelo negro, limpio y cepillado, brillante, le caía sobre los hombros y enmarcaba su pálida cara. Sus labios rojos se encon-

traban entreabiertos, formando una gran sonrisa que iluminaba sus rasgos y hacía que sus ojos azules resplandecieran. Thomas estuvo a punto de ir hacia ella, pero se detuvo al nublársele la mente con vívidos recuerdos de lo que le había hecho; había dicho que CRUEL era buena incluso después de lo que había pasado.

¿Me oyes? —la llamó en su mente para comprobar si habían recuperado su habilidad.

Pero ella no respondió y él no sintió su presencia dentro de su cabeza. Se quedaron allí, mirándose el uno al otro, con la vista clavada durante lo que pareció un minuto, pero podrían haber sido sólo segundos. Y entonces Minho y Newt se pusieron a su lado, le dieron una palmada en la espalda, le estrecharon la mano y lo metieron en la habitación.

—Bueno, al menos no te rendiste y moriste, Tommy —dijo Newt, apretándole fuerte la mano. Su voz sonaba más gruñona que de costumbre, sobre todo considerando que no se habían visto en semanas, pero estaba de una pieza, algo de agradecer.

Minho tenía una sonrisita en el rostro, aunque el intenso brillo de sus ojos mostraba lo mal que lo había pasado. Revelaba que aún no era él del todo, tan sólo se esforzaba por parecerlo.

—Los poderosos clarianos vuelven a estar juntos. Me alegro de verte vivo, cara fuco. Te había imaginado muerto de cien formas diferentes. Seguro que has llorado todas las noches porque me echabas de menos.

—Sí —murmuró Thomas, entusiasmado al ver a sus compañeros, pero aún sin encontrar palabras. Se apartó del grupo y se dirigió a Teresa. Sentía unas ganas irresistibles de enfrentarse a ella y llegar a algún tipo de paz hasta decidir qué hacer—. Hola.

—Hola —contestó ella—. ¿Estás bien?

Thomas asintió.

—Supongo. Han sido unas semanas bastante duras. ¿Podías...?

Se calló. Había estado a punto de preguntarle si le oyó cuando intentaba llegar hasta ella con su mente, pero no quería darle la satisfacción de saber que lo había hecho.

—Lo intenté, Tom. Todos los días intentaba hablar contigo. Nos aislaron, aunque creo que ha merecido la pena.

Extendió el brazo para cogerle la mano y el gesto desencadenó un coro de burlas por parte de los clarianos.

Thomas apartó de golpe la mano y notó que se sonrojaba. Por alguna razón, sus palabras le habían molestado, pero los demás entendieron su rechazo como mera vergüenza.

—¡Aaaah! —exclamó Minho—. Eso es casi tan dulce como cuando te golpeó la fuca cara con el extremo de una lanza.

—Eso es amor de verdad —dijo Fritanga, y soltó su risa profunda—. No me gustaría ver a estos dos peleándose en serio.

A Thomas no le importaba lo que pensaran, pero estaba empeñado en demostrarle a Teresa que no podía irse sin más después de todo lo que le había hecho. La confianza que compartían antes de las

pruebas, la relación que habían tenido, fuera la que fuera, ya no importaba nada. Puede que llegara a haber paz entre ellos, pero en aquel momento decidió que sólo se fiaría de Minho y Newt. De nadie más.

Estaba a punto de responder cuando el Hombre Rata se acercó por el pasillo, dando palmadas.

—Que todo el mundo se siente. Tenemos que encargarnos de un par de cosas antes de quitar el Golpe.

Lo dijo con tanta tranquilidad que Thomas casi no lo entendió. Retuvo las palabras «quitar el Golpe» y se quedó estupefacto.

La habitación se silenció; el Hombre Rata subió al estrado y se acercó al atril. Se aferró a los bordes, esbozó la misma sonrisa forzada de antes y luego habló:

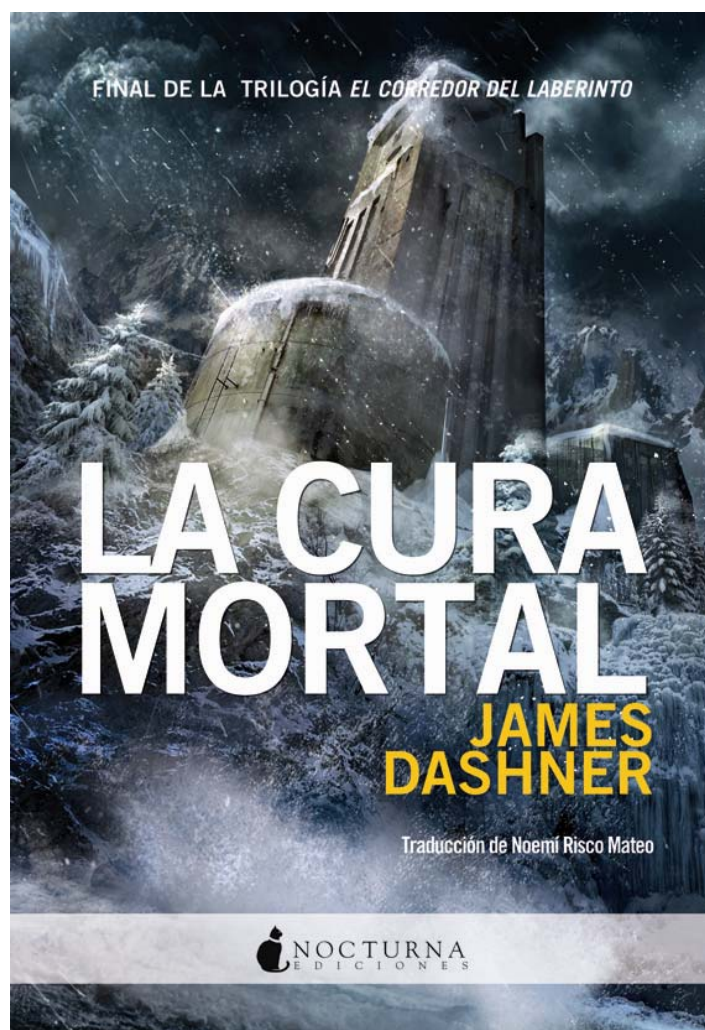
—Muy bien, damas y caballeros. Estáis a punto de recuperar todos vuestros recuerdos. Hasta el último de ellos.

SIGUE LEYENDO

A la venta: 11-02-2013

LA CURA MORTAL

James Dashner



ISBN: 978-84-939750-3-6. PVP: 17 €

 **NOCTURNA**
EDICIONES

Distribución: UDL Libros (www.udllibros.com)
Ámbito nacional (España)